Fiesta de Santa Teresa de Jesús

INICIO DEL AÑO JUBILAR TERESIANO EN LA IGLESIA DEL SEPULCRO DE LA SANTA Alba de Tormes, 15 de octubre de 2017

Queridos hermanos:

Con el rito de apertura de la Puerta Santa hemos iniciado la celebración del Año Jubilar Teresiano que el Papa Francisco nos ha concedido, como tiempo de gracia y misericordia, para la renovación espiritual y apostólica de nuestra vida cristiana, personal y comunitaria.

El Evangelio proclamado en el rito de apertura de la Puerta Santa nos ha mostrado a Jesús, ungido por el Espíritu Santo para proclamar el año de gracia del Señor, año de luz y de liberación de toda cautividad y opresión. Jesús mismo, su persona, es la luz y la libertad, es la gracia y la misericordia de Dios. Jesús es la Puerta Santa, por la que hemos de entrar para recibir la gracia y la misericordia jubilar. Él nos lo ha dicho de forma explícita: "Yo soy la puerta, quien entre por mí se salvará" (Jn 10, 9). "Yo soy el Buen Pastor, ...yo doy mi vida por las ovejas" (Jn 10, 14).

La gracia de este Año Jubilar nos sitúa, pues, en el centro de la llamada de nuestra Asamblea Diocesana a "volver a las huellas de Jesús", es decir, a seguirle como verdaderos discípulos, comenzando por seguir las "huellas de su oración", con la guía de Santa Teresa de Jesús.

Ella nos dice: es "nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy hermoso cristal, adonde hay muchos aposentos" (1 M 1,1); "y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma" (1 M 1,3).

"Hemos de ver cómo podemos entrar en"... "nuestro hermosos y deleitoso castillo". Como el castillo es el alma, parece que ya estamos dentro de él. Pero hay muchas formas de estar en él. "Hay muchas almas que se están en la ronda del castillo,... y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben lo que hay en aquel precioso lugar, ni quien está dentro". Por ello, es necesario "aconsejar al alma que entre dentro de sí" (1 M 1,5) y mostrarle la puerta de entrada. (Pues "hay almas tan enfermas y acostumbradas a estarse en cosas exteriores, que no... parece que pueden entrar dentro de sí". (1 M 1,6)).

Santa Teresa nos enseña que "la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración" o meditación. (No es oración "la que no advierte con quién habla y lo que pide". La oración es "tratar de cosas interiores". (1M 1,7)).

Así pues, la primera llamada que nos dirige este Año Jubilar es cuidar nuestra oración, entrando en lo profundo de nosotros mismos, para conocer en el encuentro con Jesús el tesoro que llevamos en nuestra vasija de barro, el misterio de nuestro castillo interior habitado por Dios. "Es gran cosa el propio conocimiento" (1M 1,8) para andar en verdad; pero "jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios" (1 M 2, 9). ("¡Oh Señor, Señor y verdadero Dios mío!, quien no os conoce, no os ama; joh, qué gran verdad es esta; mas, ay dolor, hay dolor, Señor, de los que no os quieren conocer!". (E 14,1)).

El agua es uno de los símbolos preferidos de Santa Teresa. Ella encontraba gran provecho espiritual en "ver campo, o agua o flores; en estas cosas hallaba ... memoria del criador" (Vida 9,5).

En el agua descubría la Santa con facilidad su simbolismo: "No hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu que esto de agua; ... y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas" (4 M 2,2). Por ello percibe de forma muy espontánea el simbolismo bíblico del agua y muestra su devoción por la escena evangélica de la Samaritana.

"¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Evangelio. Y es así, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua". (Vida 30, 19).

Santa Teresa descubre en el agua tres propiedades. "Una es que enfría, que por calor que hayamos, en llegando el agua, se quita" (C 19,3).

"La otra propiedad (es) limpiar cosas no limpias... Sabéis que tanto limpia esta agua viva,... que de una vez que se beba,... deja el alma clara y limpia de todas sus culpas." (C 19,6).

La tercera "propiedad del agua es que harta y quita la sed; porque sed me parece a mí quiere decir deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta nos mata". (C 19,8).

En relación con la necesidad del agua viva, y con el grado de saciedad de la sed, describe la Santa algunas etapas del proceso de la oración y del camino de perfección. En el inicio es decisivo "*jcon qué sed se desea tener esta sed!*" (C 19,2). Pues llegar hasta la fuente requiere esfuerzo y sacrificio.

"Hay almas y entendimientos tan desbaratados... que... me parecen como unas personas que han mucha sed y ven el agua muy de lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien les impida el paso...Cuando ya con su trabajo... han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer, y quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar... Se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de

la fuente de agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, que quien la bebiere no tendrá sed" (C 19,2).

Solo se persevera en el camino hacia la fuente cuando "entiende el alma... la... satisfacción con que se mata aquella sed. ... Es una sed que... que cuando Dios la satisface, la mayor merced que puede hacer al alma es dejarla con la misma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua." (C 19,2). Así la bebida del agua viva genera una experiencia espiritual que se proyecta hacia la plena satisfacción en la vida eterna. La fuente de agua viva es Dios mismo, que da su agua a las almas bienaventuradas. A ellas clama la Santa: "Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente: ¡coged agua para los que acá perecemos de sed! (E13, 4).

"También decís Vos: venid a mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a beber (Jn 7,37). Pues, ¿cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua para que en ella no se acaben de consumir; ... habed piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir a Vos, venid Vos a ellos". (E 9, 1).

"Los que comienzan a tener oración", dice la Santa, "son los que sacan agua del pozo... muy a su trabajo", porque "han de cansarse en recoger los sentidos... Han menester irse acostumbrando a no se les dar nada de ver ni oír,... sino estar en soledad, y... pensar su vida pasada; ... Esto es comenzar a sacar agua del pozo". (V 11,9).

Los que con la oración de recogimiento "se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma,... no dejará(n) de llegar a beber el agua de la fuente" (C 28,5).

Santa Teresa describe sus insaciables deseos e ímpetus de amar a Dios con el símbolo de "unas fontecicas que yo he visto manar... siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Así está el alma muy (de) ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí; querría bebiesen los otros,... para que la ayudasen a alabar a Dios."(V 30,19).

La oración de quietud y los gustos que Dios da en ella son explicados por la Santa con la imagen de una pila o fuente hecha en el mismo nacimiento del agua, que se va llenando sin ningún ruido. El nacimiento del agua es Dios; y así, cuando su Majestad quiere hacer alguna merced sobrenatural produce esta agua con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos (4 M 2, 2-4).

Expresa Santa Teresa su extrañeza por el hecho de que la falta de agua nos mata y con su exceso podemos morir ahogados. Y da rienda suelta a su deseo impetuoso de morir ahogada en el agua viva del amor de Dios: "¡Oh Señor mío, y quien se viese tan

engolfada en esta agua viva que se le acabase la vida! Más, ¿no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y así ha habido personas que han muerto. Yo sé de una que... casi la sacaba de sí" (C 19, 8).

Dios da al alma unos deseos tan grandes e impetuosos de gozarle que ponen en peligro de perder la vida: "pues está ausente de su Bien, ... para qué quiere vida. Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ... vese como una persona colgada que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir; abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua; y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término que con ninguna (agua) se le quitaría, ni quiere que se le quite si no es con la que dijo nuestro Señor a la Samaritana, y eso no se lo dan." (6 M 11,5).

Por ello, suplica con vehemencia: "¡Oh Vida, que la dais a todos!; no me neguéis a mí esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren; yo la quiero, Señor, y la pido y vengo a Vos; no os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos...¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios; cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento". (E 9,2).

"El alma que la trae el Señor a entender verdades... no... teme perder vida ni honra por amor de Dios... que con sola una gota que gusta un alma de esta agua de él parece asco todo lo de acá; pues cuando fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? (V 21,1).

En las séptimas moradas "se dan las aguas a esta cierva que va herida (Sal 41,2) en abundancia" (7 M 3, 13). El resultado está expresado así: "Habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor"; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, ... que no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos... su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado". El alma "tiene (a Dios) consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda, la más costosa para ella, que le puede dar." (7 M 3,4).

Esta experiencia gozosa de la unión con el Señor movió a Santa Teresa a exhortar a las monjas: "Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco... ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios... como Él lo fue... Así que, ... procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo... las podéis hacer placer y servir; pues ... en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el castillo". (7 M 4, 9). "Porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas". (7 M 4, 10).

El mismo camino de oración y ejercicio de las virtudes nos indica hoy a nosotros al comenzar este Año Jubilar en su memoria.